

No todas las amistades duran para siempre

LO
POCO
que
SABEMOS

TAMARA IRELAND STONE

¿Una pelea puede acabar con una amistad de toda una vida?

Hannah y Emory no son simples vecinas. Son esa clase de mejores amigas que no pasan ni un solo día sin hablarse. Al menos, así era hasta hace tres meses. Desde que tuvieron esa pelea en la que dijeron cosas de las que ya no pueden arrepentirse. Desean romper ese doloroso silencio que las separa, pero esos treinta y seis pasos que separan las ventanas de sus habitaciones se sienten como kilómetros.

Hasta que llega esa noche fatídica, cuando Luke, el novio de Emory, casi muere. Y la persona que le salva la vida es Hannah.

Mientras Luke intenta encontrarle sentido a su experiencia cercana a la muerte, se vuelve muy cercano a Hannah, quien se convierte en su mayor confidente.

Por otro lado, Hannah encuentra en Luke alguien con quien puede hablar acerca de todos los fantasmas internos a los que se está enfrentando.

Emory solo quiere que todo vuelva a la normalidad con Hannah. No tiene ni idea de por qué su relación está fuera de control. Pero cuando la horrible razón tras la pelea sale a la luz, los tres deben trabajar juntos para proteger a la persona con el secreto más grande.

Una conmovedora historia acerca del amor, la traición y el poder de la amistad.

Para mi mejor amiga.
Te echo de menos más de lo que crees.

Has venido aquí para encontrar lo que ya tienes.

—Aforismo Budista

Hannah

Había treinta y seis pasos entre la ventana de la habitación de Emory y la mía.

La primera vez que los contamos teníamos seis años (cuarenta y dos pasos). La segunda vez teníamos doce (treinta y nueve). La última vez teníamos quince. Apretamos nuestras espaldas contra la pared lateral de la casa, entrelazamos los brazos e hicimos talón-punta-talón-punta hasta mi ventana, riendo y tropezando, y comenzando de nuevo. Hasta que lo hicimos bien.

Ese pedazo de césped sabía todo de nosotras. Allí aprendimos a caminar, allí corrimos entre los aspersores en los días calurosos de verano, e hicimos el té para nuestros animales de felpa.

Más mayores, la palabra CÉSPED nos hacía correr a toda velocidad, y cruzar las puertas traseras rumbo a nuestro punto de encuentro justo en el medio. Nos quedábamos allí durante horas mirando las estrellas, hablando de música, de libros y de chicos, y practicando besos en la parte de arriba de nuestros brazos hasta que no podíamos mantener los ojos abiertos o nuestras madres nos hacían volver a la casa. Durante el instituto, cuando teníamos noticias importantes y secretos jugosos, decíamos cosas como: «Sabes que me puedes contar *cualquier* cosa, ¿cierto?». Y así lo sentíamos, profundamente en nuestras almas.

Pero no importa cuánto tiempo dos personas se hayan conocido o cuántas veces hayan dicho esas palabras, hay

ciertas cosas que *piensas*, pero nunca debes decirle a tu mejor amiga.

Lo sé, porque un día dije esas cosas.

Y luego Emory dijo esas cosas.

Y esa fue la última vez que alguna de nosotras dio esos treinta y seis pasos.

Emory

Día 273, faltan 164.

Mi madre estaba sola. Me di cuenta por su hombro. Cuando David se quedaba a dormir, estaba al descubierto, con una fina tira de seda rosa o negra asomando a través de las sábanas. Cuando no estaba allí, ella solía dormir con una de las viejas camisetas de bandas de *rock* de mi padre.

Atravesé la habitación de puntillas y me senté en el borde de su cama, pero no se movió, hasta que puse mi mano en su espalda y la sacudí suavemente.

—Ey, mamá —susurré—. Ya estoy en casa.

Ella gruñó e intentó abrir un ojo.

—Hola, cariño. ¿Cómo ha estado la fiesta?

—Divertida.

Un mechón de mi pelo oscuro cayó sobre mi hombro y ella se estiró y lo puso en su sitio.

—¿Luke te ha traído en coche a casa?

—Sí. —Sentí un poco de culpa pero la ignoré.

—Me gusta —murmuró—. Es un buen chico.

Su cabeza se hundió nuevamente en la almohada y sus ojos se cerraron.

—Sí, lo es. —Estiré el edredón hasta su barbilla y le di un beso en la frente.

Cuando cerré la puerta de su habitación, ya roncaba. Mientras caminaba por el corredor, saqué mi teléfono del bolsillo trasero de mis vaqueros y le mandé un mensaje a Luke:

Buenas noches.

Se nos ocurrió la palabra clave cuando empezamos a salir hace ocho meses y nos pareció genial. Si mi madre hubiera leído mis mensajes —algo que hacía cada cierto tiempo, desde que David la había convencido de que eso era lo que los «buenos padres» hacían— supongo que hubiera soltado un suspiro feliz y me hubiera dicho que le parecía adorable que Luke y yo nos mandáramos mensajes antes de irnos a dormir cada noche.

Cerré la puerta de mi habitación, puse el cerrojo, encendí y apagué el interruptor de la luz varias veces. Luego caminé hacia el armario y busqué en el fondo hasta encontrar la escalera metálica. La llevé hacia la ventana.

Luke ya estaba en posición, junto a la casa de Hannah, justo entre el rosal perfecto de su madre y un enorme arbusto. Una vez que coloqué la escalera, se asomó y se aseguró de que no había moros en la costa y luego salió hacia un haz de luz proveniente de una lámpara de la calle.

Corrió por el césped, con su bufanda verde y blanca volando detrás y su chaqueta de los Halcones de Foothill flameando al viento como un par de alas. Exageró el gesto extendiendo los brazos a ambos lados, moviéndolos como si fuera un pájaro. O un murciélago. O una persona demente.

Mientras subía la escalera, me cubrí la boca para disimular la risa.

—Dios, eres un tonto.

Movió su pierna por encima del alféizar de la ventana, y aterrizó en el suelo con un golpe seco.

—Ella no piensa que sea un cretino. Cree que soy muy sexy.

La sonrisa se borró de mis labios. Al final del césped, podía ver el rostro de Hannah en la esquina de su ventana, entre la cortina y el marco pintado de blanco.

Empecé a decir «ignórala», como hacía siempre, pero luego cambié de parecer. Si insistía en mirarnos, le daríamos algo para que mirara.

Le desenrosqué a Luke la bufanda, le quité la chaqueta y la dejé caer al suelo. Le quité la camiseta por encima de su cabeza.

—¿Qué haces? —preguntó. Pasé las yemas de mis dedos por sus brazos desnudos y su pecho, y luego presioné mi cuerpo contra el suyo, besándolo mientras lo llevaba hacia la ventana. Sus hombros se pegaron al cristal y lo besé aún más fuerte. Él se concentró en pasar sus dedos por mi cabello.

Hannah se estaba muriendo. Podía sentir su reproche y disgusto. Me la imaginaba aferrada con fuerza a su cruz colgante, que le dejaba cuatro cortes en sus dedos mientras rezaba por mi alma y rezaba aún más para que Dios matara a mi novio diabólico que se metía en mi habitación después de mi límite horario. Pero siendo justos, la imagen era exagerada.

Empecé a reírme. No pude evitarlo.

Luke me dio la vuelta, presionó mi espalda contra el cristal y levantó mis manos por encima mi cabeza. Me reí aún más.

—Estás haciendo la telenovela completa —dije.

—Ey, tú has comenzado.

Rodeé su cadera con las piernas y lo acerqué hacia mí.

—Está mirando todo —dijo—. Continúa.

Pero no quería continuar. Quería besar a Luke en serio, no para el *show*, y ciertamente no para Hannah.

—Creo que ha visto demasiado. —Miré por encima de mi hombro, mandé un beso en su dirección y bajé la persiana.

—¿Alguna vez me dirás que pasó entre vosotras? —preguntó Luke.

—Nop.

No veía el sentido de contárselo. Hannah y yo no nos habíamos dirigido la palabra en más de tres meses. No iba al instituto con nosotros, y entre mis ensayos para la obra

escolar y sus prácticas de coro en la iglesia, nuestros caminos rara vez se cruzaban.

No era así como me hubiera gustado que ocurrieran las cosas, pero así eran.

Guie a Luke hacia mi cama y cuando se sentó al borde y separó las piernas, me coloqué entre ellas. Pasé mis dedos por sus rizos oscuros y traté de no pensar en Hannah.

—Bueno, cuando vosotras volváis a hablar, recuérdame que le dé las gracias.

—¿Por qué?

—Hoy me iré a dormir pensando en ese beso.

Eso me hizo sonreír. *Doscientos setenta y tres*, pensé para mí. Solo que no lo pensé para mí, lo dije en voz alta. Luke se echó hacia atrás y me miró.

—¿Qué acabas de decir?

—Nada.

Sentí el rubor en mis mejillas. Deseaba que el cuarto estuviera lo suficientemente oscuro como para que Luke no se diera cuenta.

—¿Por qué has dicho «doscientos setenta y tres»?

—No he dicho eso, he dicho... —Traté de pensar en algo que rimara con *setenta y tres*, pero estaba en blanco.

Luke no lo dejaría pasar. Puso sus manos en mis caderas y me atrajo hacia él.

—Vamos, cuéntame.

—No puedo. Me da vergüenza.

—Soy yo —dijo, mientras desprendía el primer botón de mi blusa.

—¿Qué es? ¿Tienes doscientas setenta y tres pecas? — Besó mi pecho.

—Quizá. —Me refí—. ¿Quieres contarlas?

—No puedo. —Me besó en otro lugar—. Está muy oscuro aquí. Dime.

—No te puedo decir. Creerás que es extraño.

—Por supuesto que sí. Tú eres extraña. En el buen sentido. —Luego sin quitarme los ojos de encima, desprendió

otro botón.

—Oh, ese me gusta aún más. —Metí la mano en el bolsillo trasero de mis vaqueros para sacar mi teléfono, abrí mi *app* de notas, bajé hasta el día 273 y escribí:

Tú eres extraña. En el buen sentido.

—De acuerdo, está bien. —Le di mi teléfono.

Luke pasó su dedo por la pantalla, bajando despacio, leyendo cada nota.

—Espera, ¿quién ha dicho todo esto?

—Tú.

—¿En serio?

—Sí. Lo empecé la noche que nos conocimos. Dijiste algo que me hizo reír.

—¿Qué?

Me estiré por encima de su hombro, sujeté el teléfono y fui pasando las entradas con mi dedo hasta llegar arriba de todo, a la primera nota.

Día 1: Creo que estoy en grandes problemas, Emory Kern.

Se rio en voz baja.

—Tenía razón. Sabía que eras divertida.

—Claro. —Sonreí—. Es que después de todas esas chicas aburridas con las que has estado saliendo, no parecías tener una vara muy alta.

Luke señaló la última entrada: día 437.

—¿Por qué termina aquí?

Me encogí de hombros, como si no fuera algo importante.

—Eso es el 20 de agosto.

Ese era el día en el que Luke se iría a la Universidad de Denver, se mudaría a la residencia estudiantil, y con suerte

yo estaría haciendo lo mismo en UCLA.

—Oh —dijo. Luego llegó el silencio. Y se hizo incómodo.

Hice un chiste para mejorar los ánimos.

—Entonces, sin presiones, pero más vale que el último día sea malditamente bueno. Te convendría empezar a pensar qué vas a decir ahora mismo.

Volvió a mirar mi colección de citas.

—¿Qué? ¡No puede ser! —Luke comenzó a reírse tan fuerte que tuve que cubrir su boca para disimular el sonido.

—Shh, vas a despertar a mi madre.

Me apartó la mano.

—¿Cómo no te has reído en mi cara con esto, cito: «Estas canciones me hacen sentir como si estuvieras en mis brazos»? Yo *no* pude haber dicho eso.

—Pues sí. Me hiciste una *playlist*, ¿recuerdas? Porque eres tierno. —Lo besé en la nariz.

—Creí que querías decir que esto te avergonzaba a ti, no a mí. —Me miró por debajo de sus largas pestañas, con una sonrisa traviesa en sus labios. Y luego deslizó la pantalla hacia la izquierda. El pequeño botón rojo de borrar apareció al costado junto a los doscientos setenta y tres días de la cuidada colección de los Luke-ismos.

—¡Luke! —Entré en pánico e intenté quitarle el teléfono de las manos, pero era demasiado rápido. Lo sostuvo en el aire, fuera de mi alcance, amenazando con borrar todo de una sola vez.

—Estoy de broma, no haría eso. —Deslizó la pantalla hacia la derecha y el botón rojo desapareció. Luego soltó el teléfono encima del edredón y me besó.

Era el tipo de beso que yo quería cuando estábamos en la ventana: largo y lento, paciente y seductor, suave e impaciente, todo al mismo tiempo. Dios, amaba besarlo. Amaba hacer todo con él, pero besarlo era lo que más amaba.

Me tiró a la cama, se montó a horcajadas sobre mis caderas y empujó suavemente mis hombros contra el col-

chón.

—Eres la chica más genial que conozco.

Le di un golpe en el brazo.

—Ya tengo mi frase para hoy. No quiero más opciones.

—Me sorprendes. Nunca he salido con alguien que me sorprendiera. —Me desprendió otro botón.

—Ves, ahora solo estás exagerando.

—Además, tienes este cuerpo espectacular y te deseo, digamos, todo el tiempo —desprendió el último botón.

Puse mis ojos en blanco.

—Estás haciéndolo mal. Ahora sueñas como cualquier otro chico. —Los Luke-ismos nunca eran básicos.

—Ey. —Se bajó y se apoyó sobre sus codos, y quedamos cara a cara—. En serio, te quiero. Y eres mi mejor amiga. Sabes eso, ¿verdad?

Contuve el aliento. No por la parte del amor, casi todos los días nos decíamos eso, sino por la parte de mejor amiga. Una inesperada y abrumadora ola de tristeza recorrió mi cuerpo. Sin pensarlo, di la vuelta a la cabeza hacia la casa de Hannah.

Aunque ella me había roto el corazón y me había enfadado, y no estaba segura de que pudiéramos encontrar el camino de regreso la una a la otra, Hannah había sido mi mejor amiga durante diecisiete años. No estaba en mis planes darle ese título a nadie, ni siquiera a Luke.

—¿Estás bien? —preguntó.

Lo miré.

—Sí.

—¿Estás segura? Pareces triste.

—Estoy bien. —Tomé una profunda bocanada de aire y sonreí—. Yo también te quiero.

Eso fue fácil de decir.

Hannah

Me quité la ropa de la iglesia lo más rápido que pude y me puse ropa deportiva. Sentía lágrimas de ira formándose en mis ojos, pero las contuve cuando escuché un golpe en mi puerta.

Mi madre la abrió y asomó la cabeza. Miró mi calzado y dijo:

—¿Vas a correr? ¿Ahora?

—Sí.

—Pero estamos en medio de una conversación.

—No. Papá y tú podéis hablar todo lo que queráis. Yo he terminado.

Metí mi pie en el calzado deportivo y me senté en el borde de la cama. No lograba digerir lo que me habían dicho. Estábamos solo a tres meses de la graduación. De todas las cosas por las que tendría que preocuparme, no había pensado que la universidad sería una de ellas. De repente, todo estaba en el ambiente. Intenté atarme los cordones, pero mis dedos temblaban demasiado.

—Sé que estás enfadada Hannah. Tienes derecho a estarlo. —Mi madre se sentó a mi lado. Acercó su mano a mi pierna, pero lo pensó mejor y la sostuvo en el aire, incómoda, hasta que la dejó caer sobre el edredón.

—Tu padre hacía lo que creía era mejor para...

La interrumpí.

—No se te ocurra decir para *mí*. Es mejor que digas que es para el instituto. Él estaba haciendo lo que creía que era mejor para el instituto, como siempre.

—Eso no es justo, Hannah. Y no es cierto. Tu padre ha hecho muchos sacrificios por el instituto, pero también los ha hecho por ti. Más de los que alguna vez sabrás.

Alcé el otro zapato del suelo. Lo deslicé en mi pie y lo até tan rápido como pude. No veía la hora de salir de allí. Solo quería sentir mis pies golpeando fuerte en el pavimento y llenar los pulmones con aire hasta que quemaran.

No dije nada más, así que ella siguió hablando.

—Ha sido una inversión. Tu padre pensó que a esta altura ya habría generado ganancias. Lo hará, pronto, y cuando eso ocurra, será beneficioso para todos. Para el instituto. Para nuestra familia. Para tu futuro. Puede que no lo parezca, pero ha hecho esto por ti, Hannah.

Lo único que podía hacer era no reírme en su cara.

—Ha gastado mis ahorros para la universidad, mamá. Es probable que no pueda ir a Boston. ¿Qué es lo que ha hecho por *mí*?

—Eso no es lo que ha dicho. Irás a la universidad de Boston, sin duda. Pero puede que tengas que retrasar un año el plan e ir primero a una facultad comunitaria, muchos chicos hacen eso.

—He trabajado muy duro en cada asignatura durante cuatro años para poder entrar en mi universidad favorita. He pasado cada minuto de mi tiempo libre en actividades extracurriculares y en trabajos como voluntaria, y no nos olvidemos de todas esas horas de ensayo de SonRise y de las giras, porque me dijiste que un coro a *capella* se vería bien en mis postulaciones.

—Espera. Eso no es justo, Hannah. Te encanta cantar con SonRise. Y te he alentado a hacerlo porque tienes una voz preciosa, no para que entraras en la universidad. —Siguió—. ¿Así que has entrado en una gran universidad? Pues retrásalo un año. Danos la oportunidad de que la inversión logre lo que sabemos que logrará y luego te transfieres. Tu diploma será de Boston.